

MARABÚ



José Ramón Sánchez Leyva (Guantánamo, 1972). Autor de los libros *Aislada noche* (Letras Cubanas, 2005), *Marabú* (Torre de Letras, 2012), *El derrumbe* (Letras Cubanas, 2012). Editor de la revista La noria.

José Ramón Sánchez

MARABÚ



De la primera edición, 2012

© Torre de Letras

De la presente edición, 2016

© José Ramón Sánchez

© Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones

Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid

Tel: +34 91 220 3472

www.editorialhypermedia.com

hypermedia@editorialhypermedia.com

© **THE PACKET** es una colección a cargo de Oscar Cruz

© Imagen de portada Carlos Leandro Suárez Crespo(Calé)

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L

Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1537228853

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

COLECCIÓN THE PACKET

MARABÚ

Escribo como quien alza
hornos de marabú:
cada letra una espina,
pues ya la inocencia
me sirve de poco.
(Las vacas que se lo comen
dan leche buena).

LAS PALABRAS

Quiero hacerme perdonar
por las palabras que entrego,
ya que odio y maldad
he prodigado en secreto.

Declaro y firmo con mi nombre:
no hay máscaras ni asumo
la impostura de hablar por otros.

La violencia consume mis estériles días,
es mi fuerza y la denuncia:
un yo mortal que irradia
de abismo a superficie.

COSTA SUR

Te entrega el mar un cuchillo
para sanar tus heridas.
El despojo será tu ocupación.
Rascar adentro. Alzarte
con la semilla. Orar.
Las aguas moradas
te dieron un cuchillo.

AUNQUE ROTO

Donde un *río estrecho y turbio*
hace *curvas e islotes*
hubo un puente. Tres pilotes
quedan. Grabados
de cruces. Cruzarlo
es mi destino. Aunque roto.

ISLA. CUÁL

Si la isla no existe.
Mucho menos la Isla.
Mucho menos los mitos insulares.
Las islas solo están en los mapas.

CONTRA EL MURO

Tiro la pelota contra el muro de palabras
hasta incorporar el mundo a él
hasta incorporarme a la pelota
y yo ser ella
contra un muro sin palabras.

LA SALIDA

Cuando volvió de La Habana era un niño
listo a sufrir como un hombre.
La noche fue un ciego espacio
de tierra para cambiar
saludos por la reunión.
(Nos rodeaban animales
y el flujo cercano de un río.
Las palabras se perdieron en la oscuridad,
pero conservo el contacto con la tierra húmeda).
De aquella noche, nunca ha vuelto.

NUNCA HA VUELTO

Mi infancia son recuerdos
de un parque entre edificios
y veinte compañeros
para jugar pelota.
A veces nos peleábamos
y entre los matorrales
hacíamos la guerra.
En agosto iba a Oriente.
Inadvertido perdí estas cosas.
Nada especial sentí
en el último paseo
nocturno, zigzagueante,
buscando la salida.
Muchos años después regresaría.
No hablé con nadie.
Alguien se había tirado del piso 12.
Tranquilo visité mi antigua escuela.
Estaba el árbol grande,
pero no fui a tocarlo.

YO TORVO

En el extremo derecho
mi padre mira hacia abajo
con una sonrisa leve (diplomacia).
En el centro mi madre sostiene
fácilmente la mirada (serenidad).
Y en el extremo izquierdo (yo, torvo)
pienso en una mujer que no fue mía.
Tengo 15 años. Tengo miedo. Vulgar y constante
pienso en mujeres ajenas.

EL DÍA DE LAS MADRES

Robar guayabas el Día de las Madres puede resultar una experiencia memorable para cualquier muchacho: solo debes cruzar un río, saltar varias cercas, atravesar sembrados, encaramarte en las matas, llenarte los bolsillos, y escuchar el ladrido creciente de los perros azuzados contra ti.

Correr viendo hombres a caballo que te cercan, detenerte rendido y cobarde, ser alzado por la oreja, quedarte en calzoncillos y nunca más entrar en ese campo.

Cuando pases por la carretera verás unas espléndidas matas de níspero.

APÉNDICE

ALZAR HORNOS DE *MARABÚ*

Escribió cierta vez Maurice Blanchot: «el desastre lo arruina todo, dejándolo todo como estaba». En los tiempos que corren, es difícil tachar o desmentir un apotegma agudo como el puñetazo de un boxeador de oficio en el rostro de un novato. Porque el desastre, tal y como hoy lo entendemos, no va más allá de aquello que ya hemos separado bajo el concepto fijo de *realidad*. Pero, ¿qué es el desastre sino el testimonio de una experiencia fragmentada, la conciencia de un escenario que se ha roto y vuelto a dividir en esquirlas cada vez más difíciles de organizar? Nada escapa a él, y nada le es ajeno. Y frente a todo ello, la tarea del poeta —digamos: su gran problema— es patentarlo, hacerlo visible, de manera que la escritura (al menos) sea el registro más cercano al espíritu de una época y su tiempo.

Acostumbrados a los vicios oportunistas y cansinos de la poesía cubana, que sublima sin cesar un imaginario infantil donde lo «correcto» y «hermoso» es elevado a categorías superiores de valor, parece difícil permanecer cómodo ante la aridez de un libro, donde el baluarte de lo bello ha sido tomado (o más exactamente: violado) por la amargura de un estilo y su paisaje.

«La violencia consume mis estériles días», explica el autor, en lo que se entiende como el discurso argumental

de todo el libro, el tono de una poética que participa —muy a pesar suyo— de una experiencia marcada por la ruina, en la que asoma su hocico «un yo mortal que irradia/ de abismo a superficie». Alejados de cualquier zona de compromiso y bienestar en sí mismos, los textos reunidos en este cuaderno no pretenden complacer o edulcorar la miseria de un entorno sin rumbo ni destino; antes bien, han sido escritos bajo el peso de la irreverencia, bajo el sentido —difícil, por cuanto más auténtico— de una responsabilidad cívico-moral, que convierten a esta poesía en relatora de lo mismo que condena: la ruina física y civil como vivencia fundamental del hombre moderno. «Te entrega el mar un cuchillo/ para sanar tus heridas./ El despojo será tu ocupación», escribe el autor, donde la violencia de la zona sur oriental —que bien podría extenderse a todo el país— se muestra tal y como es: sin aires de esplendor, sin alegría.

Este es, en primera instancia, el manifiesto de una escritura que ya no quiere ser vista con el ojo (inofensivo) de lo tierno. Ello explica la aridez de un estilo en el que no aparecen las «buenas costumbres» o el «buen hacer» de la poesía cubana de hoy, sino su reverso: el mal hábito de un uso escritural que privilegia su cercanía con la realidad, es decir, contaminado de lugares sucios, malsanos, en una claridad enfermiza que hace un pacto con la «dura vagina de la escasez», y en una práctica afiliada al ojo narrativo, al dato frío del absurdo de lo material y la experiencia. «Tener como energía la amargura:/ aquello que expresa deficiencias/ que no puede superar». Un tono menor, pero asimismo duro y enérgico, que avanza silencioso contra la moral y la civilidad derrotada por la ineficacia y la desidia, al tiempo en que la muestra de golpe, en primer plano, sin prólogos ni ceremonia.

La gloria al parecer, no existe, o está en desuso, parece decirnos el autor, para el que ya no quedan asideros de belleza alguna, sino una vida tirada (sin saberlo) a la basura, lo grotesco de una experiencia cortada en trozos deformes. De ahí una escritura que transcribe la rutina del sexo y su encomienda, la violencia de un entorno donde el sentido de la pérdida y lo que ahora queda —pedazos sin edificar de una existencia amarga— hacen y completan al sujeto. Un sujeto, por demás, consumido en su propio discurso, que conoce lo sórdido y común, es decir, lo que podríamos rotular bajo el concepto moderno de «desastre». Así, en textos como «La salida», «Mayo 2», «Doña Melogena» o en los poemas que se reúnen en el segmento titulado «Cuaderno marrón», se anuncia el arribo de una nueva civilidad, difícil, pero familiar, para la cual no queda ya, lógicamente, nada extraño. «Las palabras se perdieron en la oscuridad/ pero conservo el contacto con la tierra húmeda», escribe el autor, y aparece aquí la áspera formación y aprendizaje en el oficio de ser uno más (otro) que ha sido obligado a vivir la circunstancia de lo estéril.

La impotencia y el desalojo mental de un esplendor que no llega, que no logra suceder, hacen de esta poesía un relato efectivo del desarraigo. A la negación de una ruina que no avanza más que hacia sí misma, le sigue la misma ruina sin solución; frente al desastre no hay otro futuro que el mismo desastre, vuelto a contar una y otra vez.

Y la escritura refiere sin retórica ni cortes estilísticos de moda, la acritud de un tiempo poco próspero para la belleza. Su mejor síntoma es el de una ética que solo puede describir lo verdadero, es decir: la intensidad de lo útil, el punto en el que se le ha extirpado el candor al oficio del poeta («Escribo como quien alza/ hornos de marabú:/ cada letra una espina/ pues ya la inocencia/ me sirve de poco./

Las vacas que se lo comen/ dan leche buena»), donde se afirma que el producto mejor elaborado por el entorno —y al mismo tiempo su mayor símbolo— es el llamado aquí «Árbol nacional», el marabú, una especie que se alza arrogante y feliz en todo el territorio, como signo de la ineficacia y la gloria de un período venido a menos. Alzar hoy hornos de marabú, es aceptar como fundamento moral un espinoso curso de poesía, donde la experiencia del desastre ha sido aquilatada al arbusto más común en Cuba, y el menos deseado.

Sin embargo, el poeta nos advierte: «El destrozo está cerca/ pero no se produce». Y cabe —con él mismo— preguntarse: «¿qué tiempo tendremos nosotros que aguantar?».

Javier L. Mora